Olvidados y Marginados en la Oquedad de la Historial¹

Antonio Padilla Arroyo

Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México

... al fin el único misterio era el de la pobreza, que hace de los hombres seres sin nombre y sin pasado, que los devuelve al inmenso tropel de los muertos anónimos que han construido el mundo, desapareciendo para siempre

Albert Camus, El primer hombre, 1994

Introducción

El presente ensayo constituye una aproximación al estudio de los marginados y los olvidados desde una visión histórica. Recupera una serie de textos que han analizado los procesos de marginación, exclusión e inclusión que se suscitaron durante el nacimiento y consolidación de la sociedad moderna, en particular la europea. En este sentido, una de las contribuciones más importantes para el estudio de estos temas ha provenido de la denominada *nueva historia*, cuyo origen está en la escuela francesa de Los Annales. La nueva historia develó y puso el énfasis en el papel desempeñado por actores sociales e instituciones que la historiografía tradicional había mantenido en el anonimato o simplemente olvidados e ignorados. El motivo de interés de este tipo de historiografía eran temas, personajes y coyunturas bien delimitadas o instituciones que pretendían englobar la vida social, económica, política o cultural de una época o un periodo. Precisamente contra ese “olvido” o desatención por parte de los historiadores tradicionales, se ha levantado el esfuerzo de la nueva historia por recuperar no la Historia sino las historias, acaso menos luminosas, poco heroicas y edificantes, pero que ofrecen una mirada mucho más terrenal, de contornos más cálidos y vivos que reflejan la complejidad y las sorpresas de la vida cotidiana, de los lazos y las relaciones sociales que se tejen casi imperceptibles al poder y sus instituciones.

---

1 Una primera versión se presentó en el seminario de Historia de la Educación y vida cotidiana, que coordina la Dra. Luz Elene Galván, desarrollado en el ISCEEM. Agradezco los comentarios y las observaciones de Carlos Escalante Fernández y David Sandoval Cedillo.

De acuerdo con Jean-Claude Schmitt estas historias conforman el campo de la *historia de los marginados*. Para el autor, la historia tradicional privilegió la otra cara, es decir, la historia de las élites, de la fortuna y de la alta cultura. (Schmitt: 400-426)

Los estudios históricos se elaboraban bajo la perspectiva de los progresos de la fe o la razón, del poder monárquico o del poder burgués. Sólo había historia de los otros actores mediante la historización del Estado o la Iglesia y a condición de subordinarla a estas instituciones. El fecundo diálogo entre la historia y la sociología de los marginados ha tenido entre otros resultados una ruptura de la mirada desde el poder y un repensar de la sociedad misma. En particular para el historiador la visión estatista o religiosa que favorece el estudio del poder y la gracia, no ha dejado de producir obras relevantes, pero ha sido acotada como mirada preponderante. El centro no es ya el único medio y fin, no es el hacedor exclusivo de la Historia porque se han descubierto los márgenes y la periferia que lo rodean y lo transfiguran. Más aún, la historia de los marginados destaca la importancia y la actuación fundamental del exterior y los perfiles en la creación, el comportamiento, los usos y las conductas de los supuestos actores centrales. Esta historia muestra la fragilidad en la construcción de la historia que destaca el centro y, en cambio, subraya la autonomía y la independencia de las otras historias.²

Schmitt subraya que la reivindicación de esas historias no sólo ha tenido la cualidad de replantear el quehacer historio- gráfico, la búsqueda de nuevos métodos y fuentes para responder a nuevas preguntas y problemas, sino también el resquebrajamiento de la unanimidad científica y una “crisis de conciencia de la sociedad en que se escribe” (Schmitt: 401)

El autor considera que esa *nueva historia* tiene su sostén en la historia social. Según Schmitt el manejo de la historia serial conllevó el estudio del comportamiento de las masas, aunque no aclara por qué. En cambio sostiene con suficiente claridad que el estudio de los márgenes responde a una necesidad por comprender y explicar la evolución de las sociedades. Sugiere que hay una línea de continuidad entre algunos historiadores del siglo

---

2 Eric R. Wolf, bajo otras preocupaciones y con nuevas motivaciones sobre el quehacer historiográfico también formuló la urgencia de reconstruir la historia con miradas inéditas. Wolf precisó esa necesidad de la siguiente manera: “Tanto los historiadores sociales como los sociólogos de la historia han hecho ver que la gente ordinaria fue a la vez gente activa del proceso histórico, víctima y testigo silencioso del mismo. Así pues, necesitamos poner al descubierto la historia de “la gente sin historia”, es decir, las diversas historias activas de acosadas minorías ‘primitivas’, de campesinos, trabajadores, inmigrantes”. Véase Wolf, Eric R., 1987: *Europa y la Gente Sin Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

XIX y principios del siglo XX, quienes se han interesado por estudiar a dos sectores de la sociedad, en especial europea, que preocupaban hondamente a las élites políticas y económicas, los vagabundos y los criminales, con los historiadores sociales y sociólogos. De hecho se intentaba, se intenta, establecer los nexos entre el pueblo menudo, las masas desarraigadas producto, en gran medida, de la revolución industrial, con la clase obrera.³

En este sentido, los historiadores sociales han contado con un conjunto de recursos metodológicos y teóricos desarrollados por los sociólogos sobre marginalidad social tanto en Estados Unidos y Europa, como en América Latina, Asia y África.⁴ Según Schmitt el estudio de los márgenes recibió un impulso fundamental con la creación de *Los Annales*, revista de historia económica y social. En realidad, creo que uno de los méritos de esta publicación fue acercar a la academia y legitimar en los círculos intelectuales el estudio de los marginados, así como dialogar con el pensamiento marxista que puso su interés en el análisis de los sectores sociales marginales, en particular en el proceso de formación de la clase obrera.⁵

Los resquicios del olvido y la marginación

Un primer problema teórico y metodológico que formula el estudio de los marginados es precisar ¿Qué es un marginado? Schmitt sostiene que la idea

3 Uno de los estudios más sugerentes acerca de las relaciones entre las masas, en particular de los pobres, y la clase obrera es el estudio de E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, publicado en México por la editorial Crítica en 1979. La importancia y tal vez la aportación más innovadora del trabajo de Thompson es el rescate de la cultura popular y las relaciones sociales que la sustentan.

4 En México, en las últimas tres décadas se ha generado una importante producción de estudios y debates teóricos sobre marginalidad, pobreza e informalidad. Esos estudios abarcan un amplio abanico de problemas específicos: desde trabajos sobre recesiones económicas hasta el examen de la redefinición de las funciones del Estado, las cuales han repercutido en nuevas y más profundas formas de marginación, exclusión e inclusión de vastos sectores sociales, nuevas expresiones políticas y de conciencia colectiva en torno a los “problemas sociales”, así como el análisis de las mediaciones que conlleva la formación de identidades sociales, la disponibilidad de recursos materiales y la fijación de metas colectivas. Para un acercamiento a estos temas véase Contreras Suárez, Enrique, et. al. (1992): *Pobreza, Marginalidad e Informalidad. (Una Bibliografía Mexicana 1960-1990*. México: UNAM. (Cuadernos del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades. Serie Fuentes 9).

5 Schmitt, “La historia...”, “, p. 402. La valoración que hace esta nueva historia, en especial la historia de los marginados, de lo que genéricamente podemos denominar “cultura popular” permite descubrir los nexos entre la alta cultura las masas, así como las formas de resistencia y protesta contra la dominación de los poderes establecidos.

de marginado no proviene de la historia social sino de la sociología y de la antropología y tiene una significación específica de acuerdo con un marco histórico. En efecto, el movimiento cultural y contestatario de 1968 que se expresó en diferentes partes del mundo tuvo entre sus consecuencias hacer evidente la presencia y el “descubrimiento” de los marginados en la sociedad global. La complejidad de las masas marginadas, múltiples y heterogéneas, que iban desde pacifistas, feministas, comités de presos hasta marginados radicales que demandaban la supresión del orden social, con diferentes niveles de conciencia y múltiples demandas, obligaron a sociólogos e historiadores a volver sus miradas a sectores de la población anteriormente ignorados en sus estudios. La aparición de estos grupos sociales condujo al historiador, consciente o no, a plantear “al pasado cuestiones que la propia sociedad le plantea a él”. Esta variedad social y cultural obligó a la sociología y a la historia social, notoriamente a esta última, a precisar el sentido de la marginalidad y los marginados. Así, a las definiciones formuladas por el sociólogo, el historiador enfrentó la necesidad de explorar las relaciones socioeconómicas y los valores culturales de una sociedad determinada: los conceptos de marginalidad, integración, reintegración y exclusión se incorporaron al bagaje historiográfico a la luz de la indagación de las condiciones históricas en que esos fenómenos se originaron.

Las preguntas centrales que guiaron las investigaciones son, entre otras: ¿Cómo, en qué momentos y cuáles factores se suceden para producir los fenómenos de marginalidad, exclusión e integración?, así como a ¿quiénes y bajo qué motivos son marginados, excluidos e integrados? Sin embargo, estas preguntas “carecen de significado si no han sido sometidas a las pruebas de las realidades, en una determinada sociedad” (Schmitt: 403)

Para los historiadores sociales estas y otras interrogantes han sido eje de sus estudios. Cabe indicar que el estudio de los marginados y de la marginalidad ha tenido un desarrollo desigual. En el caso de los historiadores, los europeos han centrado su atención en el espacio histórico y temporal en la Europa occidental del siglo XI al XVII. Este último no por una predilección especial, sino porque ese espacio geográfico y ese tiempo conoció fenómenos de marginalidad muy acentuada. Es el marco de descomposición de la Edad Media y del nacimiento y formación de la sociedad moderna.

Schmitt señala algunos temas, interpretaciones y fuentes que han construido los historiadores de la marginalidad y de los marginados. En el mundo europeo del siglo XII, la marginalidad estaba ligada estrechamente a un sentido geográfico y aún aritmético, es decir, a la noción de “margen” con una significación bien “delimitada”. En efecto, el imaginario social de los habitan-

tes de esas lejanas y nebulosas tierras que revelaba la restricción a un espacio físico de actividad agrícola y manufacturera, sustento de la vida social acotada por tierras y mares desconocidos. Un ejemplo de ese imaginario y de esa cultura material que a esas alturas se afanaba por crear, descubrir e inventar nuevos derroteros mentales, culturales y económicos son precisamente los viajes a las extensiones vastas y seductoras de las Indias occidentales. (Gerbi, 1982: 7-101)

Al mismo tiempo, la sociedad europea construyó sus demonios y acotó sus márgenes. Uno de los ejemplos más ilustrativos, por la crudeza con la que actuaron sus principales instituciones, totalizadoras de la realidad social, económica, política y cultural de la época, el Estado y la Iglesia católica, pero también porque pusieron en tela de juicio el predominio de dichas instituciones, fue la persecución contra las herejías y las revueltas agrarias.

Los olvidados y los marginados

Al lado de la historia de los marginados se alza la historia de lo imaginario social. De lo más profundo, oculto y recóndito de la sociedad medieval, de sus márgenes, las revueltas agrarias y las herejías principalmente impugnaron el supuesto carácter omnipresente y unánime del Estado y la Iglesia católica. No fue casual la amplia identificación de las herejías y las revueltas agrarias con la “franja de matorrales y de bosque (que) separa al mundo de los hombres -aldeas y ciudades- del mundo salvaje: <vasto bosque> de las novelas cortesanas, el espacio dominado, guarida de la caza, de seres demoníacos y de bandoleros, el bosque atravesado de claros donde trabajan los carboneros y rezan los ermitaños retirados en el <desierto>, marginados por excelencia de la Cristiandad medieval” (Schmitt, s/f: 405)

De acuerdo con Schmitt marginados y excluidos sufrieron transformaciones y reacomodos sustanciales entre los siglos XI y XII, cuando la sociedad occidental se sujetó a mutaciones económicas, demográficas, sociales e intelectuales. El tránsito de la sociedad medieval a la moderna propició nuevas expresiones de marginación al mismo tiempo que de integración. El florecimiento de las ciudades marcaría dicha transición. En ellas se asentaron nuevos y viejos grupos sociales acordes con el nacimiento de relaciones económicas que paulatinamente fueron rompiendo el espacio cerrado de los feudos y de las aldeas. Mercaderes, extranjeros, vagabundos, criminales, campesinos desarraigados y sacerdotes expulsados, quienes tuvieron un papel relevante en la creación de una nueva mentalidad y de inéditos imaginarios colectivos, concurrirían y harían de la ciudad su hábitat natural, así como centros difusores

de una sociedad abierta, cuyas representaciones fueron sintetizadas en la descripción gráfica de las rutas comerciales, así como en los afanes por rebasar los márgenes impuestos por el Estado y la Iglesia católica. .

En este marco uno de los aspectos más interesantes y complejos fue la reflexión en torno al tema de la pobreza y los pobres, la cual involucró a prácticamente todos los sectores sociales. Las clasificaciones que se elaboraron en el siglo XII revelaron la enorme variedad de formas de adversidad que enfrentaban esos grupos, así como los juicios y los sentimientos formulados respecto de los desdichados. En gran medida, estas tipologías sirvieron de base para formular políticas de atención y represión social, así como de marginación, exclusión e integración. Así, se examinaron las evidencias a la luz de juicios morales y económicos: desde la insolvencia y la carencia en general, las deficiencias alimentarias, vestimentarias, pasando por las físicas, como la ceguera, la cojera, los reumatismos deformantes, las enfermedades y las heridas, hasta la indagación de deficiencias mentales, debilidades de edad o, en el caso particular de las mujeres, de los estados de gravidez y parto, la condición de orfandad, viudez y privación de la libertad, así como de poscripción y destierro. (Mollat, 1988: 10-11)

Para mediados del siglo XIV, la clasificación de los pobres y los marginados se simplificó en aras de un mayor control social y de una línea de demarcación más consistente. Por ejemplo, la caracterización del mendigo se extendió a los vagabundos atribuyéndoles su estado a la pereza y se les asoció invariablemente a conductas criminales. A estos no sólo se les marginó sino se les excluyó de la sociedad, mientras que, por otro lado, se valoraba positivamente a quienes padeciendo situaciones económicas adversas afrontaban un estado de indigencia con dignidad, el cual se consideraba temporal, es decir, aquellos que procuraban su sostén por medios legítimos. En esta categoría también se incluyó a los individuos que por su indefensión eran motivo de consideración como huérfanos o abandonados, mujeres viudas, inválidos y ancianos. En fin, esos grupos sufrían una “pobreza laboriosa”, cuando un trabajo no bastaba para permitirle vivir. En todo caso, cuáles eran los límites de los “márgenes sociales”. Según Mollat, la fijación de ellos dependió de la tolerancia social a la miseria, es decir, de la capacidad que tenía la sociedad para soportar a la masa de marginados sin sufrir perturbaciones ni ejercer la represión. (Mollat, 1988: 12-14)

En este sentido, el historiador Christopher Hill explica el sentido del mundo en transición de los siglos XI al XVII, el significado del “mundo marginal” y de la marginalidad de la época. Para el autor la esencia de la sociedad feudal explica, en gran medida, las características de los marginados,

las formas de marginación y de exclusión. De acuerdo Hill, en el vínculo de lealtad y dependencia entre señor y vasallo estaba la reproducción material del feudalismo, caracterizada por una relación jerárquica. Bajo los supuestos de una sociedad agrícola relativamente estática se organizaban las lealtades y los controles locales, lo cual hacía imposible la existencia de tierras sin hombres ni señores. Los pocos hombres que no estuvieran bajo la mirada de los señores eran considerados fuera de la ley y, por tanto, marginados y excluidos, lo cual los convertía en sujetos de represión. El resquebrajamiento de esas relaciones y el nacimiento de relaciones mercantiles más amplias, que se consolidaron hacia el siglo XVI, propiciaron la movilidad de algunos sectores de la población. No obstante, para los grupos dominantes, tanto políticos, económicos y religiosos, la cantidad de “siervos de nadie” u “hombres sin amo” constituían una anomalía y un disolvente potencial de la sociedad, lo cual originó la aparición de nuevas formas de marginación.⁶

Por su parte, Mollat apoyándose en el instrumental teórico de la sociología, al recuperar la historia social de los marginados explica en qué consistía el significado de la decadencia social. Puede considerarse que la categoría de “hombres sin amo” de Hill tiene connotaciones similares al empleado por Mollat de los hombres “sin clase”. Así, Mollat sostiene que, durante la Edad Media, salir del “estado” era verse privado de sus instrumentos de trabajo y por tanto de sus signos de su condición. De igual manera, para el campesino la pérdida de sus herramientas y bestias era reflejo de su situación; para el artesano la de su oficio; para un mercader de su tienda y para el clérigo de sus libros. Sin sus herramientas, “el hombre ya no era nada, porque ya no tenía el medio de su existencia social”. Desde ese momento el hombre dejaba de pertenecer a su clase, era un excluido, condenando a la emigración y al vagabundeo. Las ciudades fueron receptoras y abrigo de los hombres “sin clase”. Por ello las ciudades fueron testigos del aumento de la pobreza y de la demanda creciente de recursos para atender las necesidades de los pobres, lo cual provocó que se agudizara el sentimiento de amenaza potencial contra el orden público. Así, una sociedad en formación no tuvo más remedio que asumir

6 Hill, Christopher, 1983: *El Mundo Trastornado. El Ideario Extremista en La Revolución Inglesa del Siglo XVIII*, México: Siglo XXI, pp. 28-29. Según Hill, los “hombres sin amo” presentaban una amplia variedad de personajes e individuos que en el transcurso de los años fueron diferenciándose y sujetándose a un proceso continuo de marginación, exclusión y reintegración. Para el siglo XVI, de acuerdo con la tipología que presenta, los marginados: “En primer lugar, eran los pícaros, vagabundos y pordioseros que merodeaban por el campo, algunas veces en busca de trabajo, demasiado a menudo meros desechos de una sociedad en transformación económica a los que no se podía dar empleo, sociedad cuya población se encontraba en plena expansión”.

la idea de una sociedad estructurada en torno a organizaciones corporativas en las que el clientelismo actuaba como cohesionador social y rechaza a los individuos desconocidos que carecían de cualquier tipo de aval para ofrecer garantías de que no serían perturbadores de la paz: estaban faltos de domicilio fijo, de propiedades, lazos sociales o institucionales. (Mollat, 1988: 14 y Wool, 1989: 35)

Como es de suponerse, esos grupos errantes ocasionaron un pánico considerable en los altos círculos sociales y políticos y aunque no fueron sujetos de una persecución inmediata, sí fueron vigilados continuamente y, en el siglo XVII, se les obligó a asistir a la iglesia todos los domingos mediante una legislación que puso el énfasis en controlar a los pordioseros, los vagabundos y los mendigos. Tal legislación coincidió con la existencia de otra especie de “hombres sin amo”, las sectas protestantes, las cuales pusieron en entredicho el predominio de uno de los poderes de la sociedad feudal, el religioso, encarnado en la Iglesia católica. Estas sectas tuvieron un papel fundamental en la recomposición de la marginalidad y la exclusión. Por una parte, fueron marginados y excluidos tanto cultural como socialmente, al desafiar el poder establecido de la iglesia católica. Por otro lado, buscaron afanosamente su incorporación mediante una serie de actividades sociales que eran vistas con simpatía por diversos grupos sociales en formación, deseos de promover nuevos valores, actitudes y comportamientos. Así, su labor se encaminó hacia las ciudades, así como a ciertos sectores que buscaban acomodo en la nueva sociedad.⁷

Otros grupos que el autor identifica fueron los pobres rurales: los labradores y ocupantes ilegales de terrenos comunales, baldíos y bosques. Su rasgo principal *fue* que no estaban sujetos a un señor, vivían en la semilegalidad, es decir, subsistían en los intersticios de la sociedad, gozando de la libertad de posesión de las zonas boscosas y a menudo constituyendo una buena fuente de trabajo auxiliar, pues se integraban por artesanos libres y bandidos. Su presencia estimulaba una oposición permanente al Rey, a sus representantes y a sus leyes. Enfrentaban a usureros, cercadores de tierras comunales, tenderos, taberneros, constructores de fundiciones de hierro que arrasaban los bosques, entre otros.

Por último estaban quienes se dedicaban al comercio ambulante. Estos eran especialmente apreciados porque servían de enlace entre los páramos y

---

7 Hill, *El mundo trastornado...*, p. 31 Entre las actividades desempeñadas por las sectas protestantes estaban el patrocinio de comunidades hospitalarias para hombres que deseaban apartarse del trabajo eventual y de la pobreza. Entre ellos se contaban artesanos, aprendices y “hombres serios y laboriosos”, es decir, los “pobres dignos”. Más tarde extendieron sus labores sociales, en el momento en que fueron reconocidas legalmente.

los bosques, llevando y trayendo información valiosa para estos sectores de marginados. Los pastores difundirían las herejías y prepararían las revueltas agrarias. Además su vida cotidiana, así como su sexualidad estarían rodeadas del hálito de la bestialidad y de lo demoníaco, aunque sus saberes técnicos serían imprescindibles para las ciudades y las aldeas. En suma, marginados y excluidos compartieron un espacio común desconocido o temido por el conjunto de la sociedad, donde se tejían relaciones sociales llenas de vitalidad y fortaleza. (Hill, 1983: 32-34 y Caro, 1973: 36-95)

Los nuevos procesos de integración, marginación y exclusión se ligarían a la propia conformación interna de las ciudades: se crearía una nueva jerarquía social y una escala de valores acorde con ésta. Schmitt ejemplifica este proceso con la distinción entre los oficios urbanos: unos se consideraron honestos y otros tantos serán eje de una censura moral y social. De manera especial *los intelectuales*, expulsados muchos de ellos de los conventos y por ello de las prebendas y canonjías eclesiales, fueron vistos con desprecio al considerar indigno que subsistieran de la venta de su saber y conocimiento. Sin embargo, al ritmo de la sociedad moderna, estos marginados se integrarían a la nueva sociedad, la cual demandaba una mentalidad que promoviera una recomposición de la escala de valores a fin de legitimar las nuevas realidades económicas y sociales.

Jacques Le Goff ha reconstruido gran parte del proceso de marginación e integración de los intelectuales. Estos “hombres sin amo” se constituyeron en uno de los prototipos de los hombres de ciudad, encargados de la difusión y legitimación no sólo de nuevos oficios, de su propio oficio, sino de una forma de pensamiento, de nuevos imaginarios y de representaciones sociales. Una de las labores más importantes de su propio quehacer fue “vencer el clisé tradicional de la ciencia que no puede venderse pues es don de Dios” y, al parecer, ello se logró mediante un proceso de promoción social nuevo y “revolucionario”: el examen. El espacio cerrado del monasterio se trastocó por el espacio abierto de la universidad, producto genuino de la ciudad, dando pie a un novedoso trabajo intelectual con la unión de la investigación y la enseñanza. Para Le Goff, este trabajo lo desempeñarían inicialmente los maestros de escuela, cuyo objetivo fue pensar y enseñar su pensamiento, que florecieron durante el siglo XIII. (Le Goff, 1993: 11-13; 21; 67-69)

De entre los diversos grupos de intelectuales, llaman la atención un sector específico porque representan un claro ejemplo de marginación y exclusión: los goliardos. Estos sufrieron condenaciones de los concilios y sínodos, así como de autores eclesiásticos de los siglos XII y XIII. Según Le Goff, la imagen que con mayor virulencia se difundió fue la de hombres vagabundos, bribones, juglares, bufones, bohemios, falsos estudiantes, perturbadores del

orden y gente peligrosa. En contraste, el propio Le Goff sugiere que constituían una porción de la inteligencia urbana que mantenía un pensamiento “medio revolucionario” que encarnó todas las formas de oposición declarada al feudalismo. Su origen social era urbano, campesino y hasta noble y, en general, se dedicaban al vagabundeo cuando la expansión demográfica, el desarrollo del comercio y la construcción de ciudades se intensificaba. De este modo, los goliardos se componían de estudiantes pobres que fundaban escuelas urbanas y realizaban diferentes tareas para generar sus recursos monetarios y de vida: se empleaban como empleados domésticos de los estudiantes ricos o bien se dedicaban a la mendicidad, pues carecían de domicilio fijo, no gozaban de ninguna prebenda ni beneficio. De ahí que se lanzaran a aventuras intelectuales, siguiendo los pasos del maestro que más les atraía y difundiendo sus enseñanzas de ciudad en ciudad. En esa medida se les consideraba peligrosos y se les excluía, lo cual explica sus agudas críticas a la sociedad. Sin embargo, algunos de ellos deseaban “convertirse en los nuevos beneficiarios del orden social en lugar de querer cambiarlo”. El juego, el vino y el amor era la trilogía a la que cantaban, originándose la “actitud (de) indignación que despertó en las almas piadosas de su tiempo...” (Le Goff, 1983: 39-47)

Al mismo tiempo, se propagó una escala de valores que tuvo su fundamento en una ideología del trabajo. Mediante la difusión de ella se recuperaron categorías esenciales para el funcionamiento de la sociedad urbana, pero también se marginó y excluyó a otras.

En este proceso fue esencial la distinción entre tareas dignas e indignas, llegando a establecerse una línea de demarcación entre las propias categorías de trabajadores y de los merecimientos que cada uno de ellos tenía para ser integrados o marginados hasta llegar a la exclusión. A la luz de esta ideología del trabajo se secularizaron los merecimientos sociales y las dos instituciones predominantes hasta ese momento en oposición a las nuevas relaciones económicas y sociales ajustaron sus propios comportamientos y su escala de valores. Por diferentes razones económicas, sociales, ideológicas y culturales una franja de la población padeció la marginación y la exclusión: carniceros, verdugos, textiles, prostitutas, leprosos, enfermos mentales, vagabundos, criminales y judíos, en especial los usureros, que sufrieron la persecución por parte del Estado y la Iglesia, quedando exactamente en los márgenes de la sociedad urbana. Estos últimos, prototipos de la ideología del trabajo, fueron temidos y odiados, pero deseados por su ejemplar conducta para enriquecerse y su tesón por mantenerse como una comunidad transnacional.

Los procesos de marginalización y exclusión se acentuaron en los siglos XIV y XV al definir claramente la línea de demarcación entre los pobres. En

esos siglos la convergencia de una crisis demográfica en el campo y, debido a la peste negra, la expulsión masiva de campesinos de sus tierras con la consiguiente emigración a las ciudades, provocaron un rechazo y una repulsa a los mendigos, los vagabundos y criminales. La secularización de la pobreza acompañó la marginalización y la exclusión al dejar de ser una virtud y transformarse en un defecto que tenía un doble matiz: la improductividad y la amenaza social. Por ello fue necesario la separación y el reconocimiento entre los pobres auténticos y falsos, entre los dignos e indignos. Esta distinción no podía alcanzarse sino mediante un prolongado y complicado proceso de clasificación y segregación de diversos sectores de la población. Tal proceso se acentuó en los países protestantes, en donde se llevó al máximo la distinción y definición de grados de pobreza y de las tipologías de pobres. (Mollat, 1988: 117-200; Hirnmelfarb, 1988)

Entre las consecuencias de la diferenciación de la pobreza y siempre bajo el manto de la ideología del trabajo se crearon formas de marginación y exclusión sin precedente. Nuevas instituciones se fundarían al apreciarse las posibilidades de una fuerza de trabajo ociosa, pero indispensable en el contexto de las relaciones mercantiles y capitalistas. En nombre del trabajo y la moral se instituyó el hospital, la cárcel y las escuelas de trabajo como modelos de encerramiento a fin de tratar de lograr el ideal social de la sociedad moderna: la metamorfosis de un segmento considerable de la población y su posible integración al mundo del trabajo. (Schmitt, s/f: 411-417)

Woolf llama la atención sobre algunos sectores sociales que fueron tema de preocupación social tanto del Estado como de la Iglesia católica, así como de distintos grupos sociales que habían padecido la marginación y la exclusión y habían luchado por su integración. Esos sectores eran las mujeres: niñas, jóvenes solteras o mujeres casadas fueron el centro de la labor de fundaciones piadosas, establecidas entre finales del siglo XVI y principios del XVII. Tales instituciones tendrían el objetivo de proteger las virtudes de las mujeres que estaban amenazadas por la carencia del cuidado familiar: las huérfanas, las hijas de padres pobres o indecentes, las esposas de los maridos depravados, las esposas abandonadas o las viudas, las jóvenes poco dóciles, etcétera. Woolf argumenta que al contrario de lo que sucedía con otros grupos de pobres, la fundación de instituciones no tenían el propósito de marginarlas y excluirlas sino garantizar su segura y voluntaria reinserción en la sociedad mediante la instrucción de oficios prácticos, la inculcación de actitudes respetuosas y la búsqueda de benefactores, protectores socialmente solventes y maridos de confianza. (Woolf, 1989: 40)

En este sentido, Arlette Farge sostiene que, para finales del siglo XVIII en Francia, había varias posturas sobre las mujeres del pueblo. Por una parte, estaban los escritores que opinaban que no había distinción entre mujeres del pueblo y mujeres galantes. Más aún, las jóvenes eran enjuiciadas con severidad. Para estos autores, la mujer de pueblo era un “ser que no es mujer salvo por el sexo y que es pueblo antes de ser mujer”. Era talla censura que se emitía en contra de ellas que destacaban su apariencia casi masculina. Por ejemplo, se hacía notar su “silueta fuerte, la complexión hombruna; sus poderosos contornos muestran, bajo la lana y el sayal sólidos y rígidos, la tosquedad viril, la masculinidad de todas esas mujeres de servicio”. En oposición, había quienes señalaban las enormes virtudes que poseían. En efecto, descubrían un aspecto poco agradable, pero había una razón para ello: el maltrato que les producía el trabajo. En contraste, escondían bellos tesoros tales como la imaginación y la libertad, además de no estar sometidas a una educación demasiado rígida, como la que recibían las hijas del burgués o del comerciante, por lo que podían elegir y dar amor. En suma, la pobreza y la miseria protegían a estas mujeres de las estrategias pecuniarias ambiciosas y calculadoras y permitían que el sentimiento conservara su frescura e inocencia. Así, “Los ricos que gastan tanto dinero en mujeres indiferentes no conocen el encanto que inspira la sonrisa asombrada de una amante joven cuando, tras dirigir la mirada a tantas novedades, las atribuye a usted y permanece como suspendida de cada palabra que sale de su boca” (Farge, 1994: 33-34)

El submundo de los nuevos marginados y excluidos generó un tejido social que les daría identidad y sentido de organización para defenderse de un mundo que los discriminaba y los segregaba, poniendo especial énfasis en su carácter de amenaza contra el orden social que se edificaba. En suma, se construía y florecía una cultura, una auténtica contracultura. Schmitt señala que la expresión de esa cultura *marginal* tuvo entre sus expresiones más conspicuas las herejías y el bandolero social. Frente a esa contracultura se alzó también un imaginario social que provenía no sólo de las clases dominantes sino de las dominadas, estas últimas integradas al orden social. Los marginados eran hombres y mujeres “sin domicilio fijo”, “residiendo en todas partes”, “gente aventurera”, “inútil para el mundo”. Las descripciones detalladas de la mendicidad, de los males sociales e higiénicos que acompañaban a la prostitución, el desorden y la ociosidad, caldo de cultivo de la criminalidad, en especial del robo y el asesinato son una manifestación de ese imaginario social que se levantaba como un muro para defenderse de la amenaza social que encarnaba la marginalidad. (Schmitt, s/f: 418-419)

Los intersticios de los olvidados y los marginados

Pero ¿cómo se ha podido construir el mundo de la marginalidad? ¿Dónde y mediante qué procedimientos se ha construido esa cultura de los marginados? ¿Qué dificultades enfrenta quien se atreve a pisar ese mundo y esa cultura? Schmitt señala que el historiador de los marginados tiene que recurrir la mayoría de las veces a las fuentes que provienen del “centro”, de las instituciones y actores que generan desde lo alto de la sociedad el mundo marginal. Es decir, se frecuentan los archivos y los documentos que hablan de ellos, aunque no ellos sean apenas una apariencia o una voz: registros de la inquisición, archivos de los tribunales de justicia o de las cárceles, literatura, periódicos y obras dirigidas en contra de los marginados. Deslizarse en el mundo de la marginalidad, penetrar en la historia de los marginados y recorrer el velo de las voces anónimas es una aventura fascinante. Las fuentes originales que descubren el espacio de lo anónimo expresan una racionalidad poco asequible a los historiadores de las élites. En fin, la historia de los marginados contribuye a una historia total en construcción en la medida que se obliga a mirar el centro y la periferia de las sociedades, descender a los submundos para entender y comprender el mundo superior. 24) (Schmitt, s/f: 423-426; Mollat, 1988: 16-17; Woolf, 1989: 56-58 y Farge, 1994: 7-13)

Bibliografía

- Caro Baroja, Julio, 1973: *Las Brujas y Su Mundo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Contreras Suárez, Enrique, et. al., 1992: *Pobreza, Marginalidad e Informalidad. (Una Bibliografía Mexicana 1960-1990)*, México: UNAM
- Farge, Arlette, 1994: *La Vida Frágil. Violencia, Poderes y Solidaridades en el París del Siglo XV*” México: Instituto Mora.
- Gerbi, Antonello, 1982: *La Disputa del Nuevo Mundo. Historia de una Polémica 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hill, Christopher, 1983: *El Mundo Trastornado. El Ideario Extremista en La Revolución Inglesa del Siglo XVIII*, México: Siglo XXI.
- Himmelfarb, Gertudre, 1988: *La Idea de la Pobreza. Inglaterra a Principios de la Era Industrial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Le Goff, Jacques, 1993: *Los Intelectuales en la Edad Media*. España: Gedisa.
- Mollat, Michel, 1988: *Pobres, Humildes y Miserables en la Edad Media*. México: Fondo de Cultura Económica.

Schmitt, Jean Claude, s/f: “La historia de los marginados” en *La Nueva Historia*, bajo la dirección de Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, Bilbao: Ediciones El Mensajero.

Thompson, E.P., 1979: *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, México: Editorial Crítica.

Wolf, Eric R., 1987: *Europa y la Gente Sin Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wool, Stuart, 1989: *Los Pobres en la Europa Moderna*. España: Editorial Crítica.